

# LA MUERTE TIENE LOS OJOS NEGROS

La verdad es que no supe, en ese momento, cómo tuvo narices para aparecer en un velatorio vestida de muerte, ni aún teniendo en cuenta que era sábado de carnaval y que después iba a una fiesta donde habría que ir vestido de disfraz.

Yo estaba tomando un café y charlando con unos amigos para despedir al pobre Manolo cuando entró ella.

Todos la miramos con curiosidad, alguno con indignación, considerando que aquello pudiera ser una burla. Peor hubiera sido ir vestida de payasa o alguna otra cosa más desconsiderada.

En mí no provocó más allá de una sonrisa, porque teniendo en cuenta que las cosas habían cambiado tanto con los tiempos, hasta la viuda vestía de rojo chillón, casi desentonaba menos la desconocida con vestuario de luto riguroso.

El caso es que caminó entre los asistentes y la vi charlar, con envidia, con algunos de ellos, mientras yo seguía sus pasos esperando que aquella mujer de cuerpo perfecto decidiera detenerse conmigo unos minutos.

Se debió dar cuenta del seguimiento de mi vista, quizá también de mi deseo, y hubo un momento en el que cruzó la mirada conmigo y sonrió. Fue un instante que vale una vida. Quedé fascinado de esa mujer y decidí acercarme a ella cuando doña Consolación, madre de Manolo, llegó a mi lado y comenzó con una charla interminable e inexcusable que dio al traste con mis intenciones para con aquella diosa de pechos turgentes y piernas perfectas.

La vi acercarse al féretro y acariciar las manos de mi amigo y sentí celos por aquel mimo que tanto me hubiera gustado recibir en mi piel.

-Qué desfachatez. ¿No te parece? Por mucho que mi hijo fuera un extravagante ya podían sus amiguitas saber comportarse.

Yo asentí y acompañé a la anciana a sentarse, con la esperanza de liberarme de aquella charla vana con la que me obsequiaba. Tuve éxito en mi intención y regresé a la habitación donde se realizaba el velatorio.

Ella había encontrado sitio en una de las sillas que se habían colocado

alrededor del féretro y estaba sentada con las manos en el regazo y mirando fijamente a mi amigo.

La mujer que había a su lado se apartaba, casi imperceptiblemente, víctima de un poco de miedo y de la aversión de tener a su lado a una loca o alguien extravagante, por mucho que ese día se celebrara la noche de carnaval.

Me hubiera gustado conocer su expresión, saber si sonreía o su gesto era de pena. La máscara le cubría el rostro por completo y me era imposible descubrir unas facciones que consideraba extraordinariamente agradables conjuntando divinamente con la enorme expresividad de sus ojos negros.

En la habitación no se escuchaba ningún otro sonido que no fuera el murmullo de las oraciones de las mujeres sentadas en la proximidad del ataúd y yo me resistía a abandonar el apoyo que suponía el marco de la puerta cuando llegó Esperanza acompañando a su madre que fue a confortar a doña Consolación.

Cuando Esperanza entró en la estancia, se le abrieron los ojos y se puso la mano en el pecho víctima de una taquicardia. No le dio tiempo a buscar a su madre para advertirla cuando la anciana entró en la sala.

Cayó al suelo sin palabras, sin decir nada. La gente se agolpaba a la puerta intentado saber lo ocurrido mientras los más próximos intentábamos dar aire a la mujer, una desconocida le practicaba los primeros auxilios masajeando el pecho y su hija pedía a gritos un vaso de agua.

Sería incapaz de saber cuánto duró el episodio, pero en esos momentos ella no se movió lo más mínimo de su sitio, como si temiera que al levantarse alguien lo ocupara y se tuviera que quedar de pie.

-Desde luego... Vaya un momento para hacer bromas.

Fueron las palabras de la anciana cuando abrió los ojos y logró articular alguna palabra, mientras su hija miraba con reprobación a aquella mujer que se permitía ese tipo de burlas en un momento tan duro para los allegados.

Las mujeres enfrentaron su mirada. Los ojos de la muerte me parecieron mucho más fascinantes que en otras ocasiones y se puso en pie.

Se giró un instante al finado y murmuró algo que no conseguimos entender ninguno de los que estábamos allí.

Erguida, mostrando toda la plenitud de su estatura comenzó a caminar hacia la

calle y pasó por mi lado como si no existiera. Yo deseaba que me hubiera dicho “acompañame, la noche es para nosotros dos” o algo así de peliculero que me diera pie a pasar una noche de amor con esa mujer que se me antojaba a cada momento más fascinante.

Me hubiera gustado correr tras ella, pero la dejé escapar como tantas veces me había ocurrido durante toda mi vida.

La anciana se negó rotundamente a ocupar el sitio libre y lo hizo su hija, mientras ella hacía lo propio en otra silla.

Consideré que ya había estado mucho tiempo allí y que quería dar un paseo. Me despedí de mi amigo y me marché siguiendo los pasos de la desconocida.

Crucé la calle y entré en un parqucito que separaba nuestros edificios y entonces la volví a ver, la suerte estaba de mi lado. Estaba en un banco fumando un cigarrillo, sin importarle que nadie la observara, ajena al mundo, mirando el humo ascender en círculos perfectos hasta que iban desapareciendo.

Me senté a su lado y la miré sin disimulo mientras ella continuaba con su juego, como si a su lado no hubiera nadie.

-¿Vas a una fiesta?

Rió con ganas, como si esperase la gracia oportuna para hacerlo y entonces pareció reparar en mí, dio una calada profunda y echó todo el humo en mi cara.

-¿A ti qué te parece?

No me parecía nada, pero era la pequeña oportunidad que estaba esperando para conseguir saber dónde iría ella de fiesta esa noche.

Las palabras se hacían esperar, como si tuviera que hacer un esfuerzo para pensar cada una de ellas. Había quedado con alguien y ahora se tomaba un descanso hasta que se hiciera la hora de su cita.

-Tengo que marcharme. Adiós.

No era posible que si la suerte me había sonreído yo la dejara escapar. Miré sus piernas largas, el cuerpo perfecto.

-Espera. ¿Quieres tomar una copa conmigo? Luego te acompañaré a dónde vayas, si te parece bien.

Ella se detuvo y se giró. Lo hizo con la misma lentitud como con la que hablaba. Se veía curiosa, con su guadaña, como un niño con su juguete, toda de negro,

desvalida y yo tan inseguro, lleno del deseo de poseerla.

-¿Por qué? ¿Me encuentras atractiva?

La pregunta me cogió por sorpresa. Hubiera esperado otra cosa, pero no esa pregunta que me llevó a un "sí" rotundo mientras me levantaba.

-Eliges muerte, sin dudar. Eso está bien. Tenía otros planes para hoy, pero me voy contigo. Tu ilusión también vale y será el día de suerte para otros.

Le sonreí, aunque comenzaba a pensar, después de escucharla, que podía tener algún problema de personalidad.

-¿Dónde vamos?

Caminamos juntos los pocos metros que nos separaban hasta mi casa y solo de pensar en lo que me esperaba la tarde con aquella mujer perfecta mi deseo aumentó considerablemente.

-Siéntate, por favor. ¿Qué quieres tomar?

-A ti. Hemos venido a eso. Hoy quieres poseer a la Muerte y acompañarme después.

Yo no lo hubiera dicho mejor.

No me dejó cogerle la mano, besarla, apretarla... Nada. Pasó por delante de mí hasta el dormitorio, como si conociera perfectamente el camino y entonces inició su juego quitándose los guantes que dejaron al descubierto sus manos descarnadas.

En ese momento me asusté muy de veras, comencé a temblar mientras se desfundaba las mallas dejando ante mi vista los huesos amarillentos de las piernas.

En el momento en el que dejó sobre la mesilla los globos oculares postizos, quedando las cuencas vacías, fue cuando estoy seguro de que pudo escuchar los desmedidos latidos de mi corazón.

Sonríó divertida.

-¿Qué te parece? Has elegido danzar con la muerte y aquí me tienes.

Extendió los brazos y me levanté sabiendo que era el momento inexcusable de bailar con ella.